

Cultura a la contra

La decadencia de Occidente

... Pues sí, señor, así de spengleriano está el mundo de esta culturilla que parece a la contra, pero que está a favor, que parece disidente y nos sale sumisa y reaccionaria. Se nos viene hablando de decadencia desde hace luengos años, y se nos dan por todas partes sesudas y moralistas lecciones de trabajo. Así, convencidos de la inutilidad de todo, no hacemos nada; podemos, en todo caso, producir mucho y nada más. Y no es que se equivoquen mucho los que hablan del fracaso ineludible, no. Lo que pasa es que generalizan demasiado y proyectan en todos nosotros lo que es fracaso exclusivamente suyo: de una clase, de una concepción del mundo, de un proyecto vital que se lleva viniendo abajo desde principios de este siglo, o tal vez desde antes. Pero, supongo yo, si fracasan unos —o fracasamos— supongo que habrá otros que venzan, o que nos venzan. Pensar esto es arriesgado por lo dualista, pero que no puedo evitar. A lo mejor es que yo también decaigo.

Todo esto venía a cuento del mundo del disco y del "rock", que es lo que todavía —yo soy así de antiguo— me va, me envolta, me mola, o como se diga eso. Y dejo a los cultos con sus culturas, a Sánchez-Drago con sus "Gárgoris y Habidis" y a Savater con sus no menos admirables —y tan tontamente criticadas por algunos míopes— peleas contra el Todo. En otro momento hablaré de estos personajes épicos y mágicos. Y, ahora, al "rock", que es lo mío.

Resulta que, desde que aparecieron en el mercado esos tres genios de la música popular que se llaman Lou Reed, Kevin Ayers y Bryan Ferry —cada uno con sus peculiaridades, con sus manías personales, con su estilo peculiar—, se empezó a hablar por todas partes de "rock" decadente, que es, al parecer, el que hacen estos señores y otros muchos más: Patti Smith, el mismo Bowie —tan sano y comerciante él—, los fenecidos New York Dolls y hasta —si apuramos mucho a los etiquetadores— los propios "punks", que son más bien brutales. Yo nunca he sabido por qué tenían que ser decadentes estos señores. Así que se lo pregunté a un amigo, más sabio que yo en esto y en casi todo, y que no acaba de hablar de decadencias. "Es decadente —me dijo— aquel que adopta una actitud frente a la vida donde se mezclan el pesimismo escéptico, la languidez irremediable y una cierta dosis de ironía y como de complacencia en el horror de la vida, sin nácula de autocompasión, más bien con un distanciamiento esquizoide hacia los problemas de uno mismo". Le miré asombrado. Busqué el diccionario. En él se dice, claro, que decadente es el que decae, y que "decaer" significa "ir a menos, perder alguna persona o cosa parte de las condiciones o propiedades que constituirían su fuerza, bondad, importancia o valor".

La palabra, pues, ha cambiado de significado. Lo suelen hacer de vez en cuando ellas. Pero hay que tener cuidado. Porque, oculto y soterrado, sigue conservando su valor anterior: lo emplean los astutos manipuladores de la publicidad subliminal, para convencernos de que aquello que nos gusta, aquello que apreciamos, las personas cuyo trabajo admiramos, son en realidad seres venidos a menos, cosas podridas. Y que, por lo tanto, nosotros, a quienes esas cosas nos gustan, somos así también.

Y no es verdad en absoluto. Ni los señores que he citado antes, ni otros muchos que olvido, ni yo mismo —lo juro— somos decadentes. Sí, en el sentido que lo decía mi amigo. No decadentes, sino decadentistas. No agonizantes, sino contempladores de la agonía. Desde luego, es posible que ni ellos, ni yo, ni nadie lleguemos a médicos del mundo. Pero queremos que no se desvirtúe nuestro papel. Que no se nos llame decadentes, sino testigos. ■

EDUARDO HARO IBARS.

cho, porque es un pintor de este tiempo, y este es un tiempo caracterizado, entre otras cosas, porque tiene el sello de lo que ya sabe del onirismo surrealizante. Y creo que para no complicarnos más la vida se le puede considerar así: es un posurrealista con influencias del gran movimiento.

Ahora bien, el surrealismo de Orallo hay que entenderlo. No es un surrealista como aquellos ortodoxos de los años veinte. Es un surrealista como se debe ser en todo o en casi todo: es un surrealista "por libre". No está sujeto a ninguna ortodoxia. El no pasa por la ortodoxia surrealista. Pero la ortodoxia surrealista pasa por él.

Orallo es un surrealista "para andar por casa". Quiero decir que como quiere vivir, y vive, en el seno de todos los sueños posibles, su pintura es eso: un mundo ensañado y "nada realista" al que, sin embargo, le viene bien el prefijo "su", que ya sabemos lo que significa delante de la palabra realismo.

Cuando nos enfrentamos con artistas así, como Orallo, en quienes el surrealismo plantea ciertos problemas sin que pueda incluirse dentro de la problemática surrealista a él mismo, nos damos cuenta de lo fecundo que fue ese movimiento que crearon una serie de locos de las artes en los comienzos de los años veinte. Acaso ningún movimiento de la pintura... de las artes en general, fue tan fecundo como ese de los formidables locos del surrealismo. Yo no soy surrealista ni me siento tal, y alguien, si lee esto como otros escritos similares míos, al ver mi entusiasmo, podría pensar lo contrario. Sin embargo, no. Desgraciadamente, mi imaginación no ha sido nunca tan rica como para que yo haya tenido que inscribirme en esa "iglesia". Si hablo de ella con respeto y con admiración es porque de pronto reaparece en mí algo que debe alentar en mi persona de historiador. ■ JOSE M. MORENO GALVAN.

MUSICA

"Ancora una volta", Arturo

Lo primero que hay que elogiarle a Arturo Tamayo es que

siempre consigue que sus visitas sean un acontecimiento interesante. Esta vez la causa principal ha sido un programa bien conjuntado, difícil de ejecutar y, en lo poco que el marco —el Real— permite, salpicado de novedades.

La primera —resumen rápida—, pues el concierto dio para mucho— fue la pieza que "abrió fuego", y llenó por completo la mitad inicial del programa: la "Sinfonía de Cámara, Op. 9", de Arnold Schoenberg. Difícil es señalar la importancia de esta obra "importante"; el recurso de acudir a la historia



Arturo Moyá.

está vedado, porque lo que en otras circunstancias daría por supuesto que la composición está sobradamente escuchada —data de 1906, al menos en su primera presentación—, aquí no serviría ni para eso: de hecho, la Nacional jamás la había tocado con anterioridad. Además —y esto es resultado de una audición "desde las alturas"— tampoco el Real es local adecuado para la música de cámara.

La siguiente composición, primera de la segunda parte, fue estreno absoluto: "Ancora una volta", de Miguel Angel Coria. Distanciado del revival directo de algunas de sus obras anteriores, Coria intenta, sin embargo, lo que parece ser una recuperación, a través de Webern, del penúltimo Romanticismo —digo penúltimo porque el último todavía lo estamos sufriendo— y, acaso, una reflexión sobre la historia del arte musical. No resulta difícil hallar tras esos propósitos la huella de T. S. Eliot, que el autor dejaba entrever, por lo demás, en las notas de presentación que incluía el programa de mano; y como en

esas mismas notas también se hacía referencia, esta vez explícita, a los bonitos juegos lógicos de Lewis Carroll, pues hay que concluir que la nueva producción de Miguel Angel Coria va bien servida de inspiración y contenido, sobre todo para lo poco que dura.

Con el "Concierto para la mano izquierda", de Ravel, entramos en la parte conocida del programa. Pero nunca está de más hacer frente de nuevo a ese singular *pastiche* donde todo tiene cabida para ilustrar la formulación definitiva de la estética reveliana y, de paso, sobrecoger el ánimo por muy avisado que esté uno de la falsedad de todo aquello. La difícil parte solista corrió a cargo de Pedro Espinosa, especialista máximo en la interpretación de música contemporánea y, según dictamen de la Fundación Ravel, uno de los tres pianistas que mejor ha tocado este concierto desde que fue escrito. De esto segundo no estoy seguro, aunque se me ocurren por lo menos otros cinco nombres que podrían figurar a la misma altura en tan caprichoso rol; de lo primero sí doy fe por todas las veces que he escuchado a Espinosa. No excluyo ésta, aunque la verdad es que se le oyó poco, a no dudar por culpa del aparatoso Steinway del teatro Real: local que, con ese artefacto, tampoco es adecuado —vaya por Dios— para recitales de piano.

Puso punto final a la actuación de Tamayo al frente de la Nacional una nueva interpretación de "El pájaro de fuego" strawinskiano, con lo cual pasamos de lo conocido a lo abiertamente manido. Poco hay que añadir acerca de esta creación del "ingeniero de sonidos"; si acaso, que Arturo Tamayo, en la escasa superficie del podio directorial, se la bailó entera. Lo cual, por otra parte, no es especialmente meritorio, porque ya antes se había bailado la Sinfonía de Cámara, que ni siquiera es música escrita específicamente para ballet, por más que no haya escapado a la diligencia y versatilidad de los coreógrafos de nuestro tiempo.

Lo que sí es cierto, y además conclusión obligada, es que, con todos los pies forzados que lleva consigo una actuación en el

Real, Arturo Tamayo pasó por el trance dando la agradable impresión de que allí, por fin, había sucedido "otra cosa". Supo de nuevo hacer noticia, y nos dejó —o por lo menos me dejó a mí— con el deseo de verle una vez más por estos pagos. ■ JOSE RAMON RUBIO.

CANCION

Alan Stivell: Un espíritu universal

La reciente visita del bretón Alan Stivell y su grupo, en forma de recital espléndido ofrecido desde Madrid a toda España, a través de la red de emisoras de Radio Nacional, ha dado ocasión para ponernos en contacto —un contacto vivo y directo— con uno de los músicos más originales y decisivos del actual panorama europeo. Pero no sólo con un músico: también con un humanista, con un claro luchador y reivindicador de una cultura, de una civilización hoy oprimida, como la bretona. Su combate adquiere caracteres universales, como su propia expresión sonora, gracias a su poderosa labor artística y creativa, sin la cual ningún mensaje, por justo que fuese, podría tener audiencia y confirmación receptiva. Como él mismo aseguró el día del masivo y triunfal espectáculo ofrecido en el teatro Alcalá:

"Es necesario expresarse a diferentes niveles, y en cada uno de la mejor forma que sea uno capaz: a nivel poético, al estético, al político, al 'explicativo'. Pero todo ello bajo la forma que uno emplea como vehículo artístico y comunicativo. Si se consigue llegar en este sentido, los otros diferentes contenidos quedan explicitados por sí mismos y adquieren entonces toda su fuerza".

La excitante combinación de instrumentos clásicos y tradicionales en la música de su país (instrumentos como el arpa celta, la cornamusa o gaita escocesa, y la bombardina), al lado de las guitarras eléctricas, el órgano o sintetizador y la potente batería, han conseguido una

fusión de estilos y tendencias que no por comunes hoy día resultan menos sugestivas.

"Mis influencias musicales proceden de numerosos campos —señala el autor de 'An Dro': el 'rock' norteamericano, el 'blues' negro, las baladas británicas y francesas, e incluso la música oriental e india. Naturalmente, la base de mi estilo está en la tradición celta y bretona, pero tiende a formas más complejas y universalistas de expresión. Persigo, si puedo decirlo, una comunión de ideas y de sentimientos con mis espectadores, a los que considero parte del mismo recital. La posibilidad de la danza como ritual comunitario es una de las formas más antiguas del folklore, y creo que se ha perdido en los últimos siglos: es necesario



Alan Stivell.

recuperarlo. Pero igual que el baile, la poesía, el recogimiento es otra forma de comunicación. No se puede prescindir de ninguna de esas vías. Sin embargo, es preciso recalcar hoy día la capacidad que, para lograr esa identidad entre público y música, tiene hoy el vehículo del 'rock'".

La trayectoria discográfica de Alan Stivell se inició con los LP denominados "Reflects" y "Renacimiento del arpa celta", ambos con una clara introspección en el pasado musical de su país, y con el expreso deseo de "recuperar las raíces". Para, posteriormente, abordar toda una tarea de adaptación, reelaboración y potenciación de esa tradición sonora y vital. "Chemins de terre", "En el Olimpia" y "En Dublín" —estos últimos en dos

sendos recitales "live"— dieron la medida real de estas posibilidades y señalaron que el camino no sólo era correcto, sino que abría unas sendas totalmente imprevistas.

Los más recientes, "Hacia la isla" y "Una jornada en casa", suponen, de alguna forma, la "búsqueda continua", la interrogación sobre los propios orígenes. Pero, ¿cómo concibe Stivell su propia evolución?

"No considero ningún disco mío mejor o peor que otro. Cada uno forma parte de un todo, que se va condicionando o cambiando a sí mismo con el paso del tiempo. Hay que considerar todo ello de una manera dialéctica. Mi obra es una especie de espiral que da vueltas sobre sí misma, y que siempre se está cuestionando. Es lo mismo que ocurre con mis recitales o con mi propio estilo: todo remite a todo: cada una de las partes o canciones remiten a las sucesivas, y éstas devuelven, a su vez, a aquéllas. Es el mismo sentido que le encuentro a la Historia, y que creo marca el comportamiento de la existencia en todos sus niveles".

Pero el objetivo final es doble, y permanece claro: el reconocimiento total de la identidad de la Bretaña francesa como país con un pasado histórico y cultural indudable, inolvidable. Y, consiguientemente, la consecución de un amplísimo estatuto de autonomía con respecto al Estado centralista francés. Partiendo de eso, Stivell llega a una suerte de ideología igualitaria, fraternal y universal, que viene basada, sin embargo, en el respeto a todas y cada una de las personalidades, por pequeñas que sean:

"El respeto por el ser humano es fundamental, básico. Hace quince años las reivindicaciones del pueblo bretón eran ignoradas, no existían. En el momento presente, las cosas han avanzado un tanto. En tal sentido, yo un día me pregunté: ¿qué puedo hacer por avivar estos sentimientos, por divulgarlos y contribuir a su clarificación? Y me respondí: utilizar los 'mass media' con mi vehículo expresivo. Aquí estoy hoy, creyendo haber contribuido un tanto al despertar de la conciencia de mi pueblo, de mis gentes". ■ ALVARO FEITO.